

Como salvar una vida

¿Has deseado alguna vez poder retroceder en el tiempo para corregir tus errores? Puede que si no hubieras pintado de payasa la cara de la muñeca Bratz que le regalaron a tu mejor amiga en su octavo cumpleaños, ella no te habría cambiado por esa chica nueva de Boston. Y, de saber que el monitor te dejaría en el banquillo lo que quedaba de temporada, en noveno no te habrías saltado ese entrenamiento de fútbol para ir a la playa. Puede que de no tomar todas esas malas decisiones, igual tu ex mejor amiga te hubiera dado la entrada que le sobra para el desfile de Marc Jacobs. O puede que ahora fueses portera en la selección nacional de fútbol femenino, con un contrato con Nike y una casa en la playa en Niza. O que ahora estuvieras recorriendo el Mediterráneo en vez de encerrada en clase de geografía buscándolo en un mapa.

En Rosewood, las fantasías sobre cambiar tu destino son tan normales como que las chicas reciban colgantes de corazones de Tiffany en su decimotercer cumpleaños. Y hay cuatro antiguas grandes amigas que harían lo que fuera para retroceder en el tiempo y arreglar las cosas. Pero ¿y si de verdad pudieran retroceder? ¿Serían capaces de salvar a su quinta amiga... o acaso su tragedia es parte del destino de todas ellas?

A veces el pasado alberga más preguntas que respuestas. Y en Rosewood nada es nunca lo que parece.

—Le va a encantar cuando se lo diga —le dijo Spencer Hastings a sus mejores amigas Hanna Marin, Emily Fields y Aria Montgomery. Se alisó la camiseta verde mar de encaje calado y pulsó el timbre de la puerta de Alison DiLaurentis.

—¿Por qué tienes que contárselo tú? —preguntó Hanna, saltando del escalón del porche a la acera y otra vez al escalón. No paraba de hacer movimientos innecesarios desde que Alison, la quinta mejor amiga del grupo, le dijo que solo las chicas nerviosas se mantenían delgadas.

—Igual deberíamos decírselo todas a la vez —sugirió Aria, rascándose el tatuaje temporal de libélula que se había pegado en la clavícula.

—Sería divertido —repuso Emily, echándose detrás de las orejas el corto pelo rubio rojizo—. Podríamos hacer un baile coreografiado y soltar un «Ta-chán» al final.

—De eso nada. —Spencer echó atrás los hombros—. Es mi granero, y se lo diré yo. —Volvió a pulsar el timbre de la casa.

Mientras esperaban, las chicas escucharon el zumbido de las sierras que podaban los setos de la casa de Spencer, que vivía al lado, y el toc-toc de las gemelas Fairfield jugando al tenis en su patio dos casas más abajo. El aire olía a lilas, césped recién cortado y crema solar Neutrogena. Era un momento típico en el idílico Rosewood, un pueblo donde todo era bello, hasta los sonidos, los olores y los habitantes. Las chicas llevaban casi toda su vida en Rosewood y se sentían afortunadas de ser parte de un lugar tan especial.

Lo que más les gustaba era el verano. Al día siguiente, tras hacer el examen final de séptimo curso en Rosewood Day, el instituto al que iban todas, participarían en la ceremonia anual de entrega de insignias. El director Appleton llamaría a cada estudiante por su nombre, de párvulos a séptimo curso, y cada estudiante recibiría una insignia de oro de veinticuatro quilates, la de las chicas tenía forma de gardenia, la de los chicos de herradura. Después pasarían diez gloriosas semanas de libertad tomando el sol, haciendo barbacoas, navegando y yendo de compras a Filadelfia y Nueva York. Apenas podían esperar a que pasara.

Pero, para Ali, Aria, Spencer, Emily y Hanna, el verdadero rito de pasaje no sería la ceremonia de graduación. Para ellas, el verano no



empezaría hasta la noche del día siguiente, con su fiesta de pijama de fin de séptimo curso. Y las chicas tenían una sorpresa para Ali que haría que empezaran el verano de forma extraespecial.

Cuando la puerta principal de los DiLaurentis se abrió por fin de par en par, ante ellas apareció la señora DiLaurentis, vestida con un corto pareo rosa que descubriría sus largas y musculosas pantorrillas bronceadas.

—Hola, chicas —dijo con frialdad.

—¿Está Ali? —preguntó Spencer.

—Creo que está arriba —respondió la señora DiLaurentis, apartándose del camino—. Subid.

Spencer encabezaba el grupo, contoneándose con la falda blanca plisada de hockey, y su trenza rubio ceniza rebotándole en la espalda. A las chicas les encantaba la casa de Ali, que olía igual que ella, a vainilla y suavizante para la ropa. Bonitas fotografías de los viajes de la familia DiLaurentis a París, Lisboa, y el lago Como forraban las paredes. Había muchas fotos de Ali con su hermano, Jason, desde la escuela elemental en adelante. A las chicas les gustaba especialmente la foto de Ali en segundo curso. La llamativa chaqueta rosa que llevaba le resaltaba la cara. Por aquel entonces, su familia vivía en Connecticut, y su antiguo colegio privado no exigía que se pusieran informes chaquetas azules al posar para las fotos del anuario, como sí lo hacía Rosewood Day. Ali resultaba irresistiblemente guapa hasta con ocho años, con sus ojos azul claro, su cara en forma de corazón, los adorables hoyuelos y una expresión traviesa pero encantadora, que hacían imposible estar mucho tiempo enfadado con ella.

Spencer tocó la esquina inferior derecha de su foto favorita, esa en la que estaban las cinco en una acampada en los Poconos, en julio del año anterior. Estaban paradas junto a una canoa gigante, empapadas por la turbia agua del lago, sonriendo de oreja a oreja, felices como solo pueden serlo cinco mejores amigas de doce años. Aria posó la mano encima de la de Spencer, Emily puso la suya encima de la de Aria, y Hanna lo hizo en último lugar. Cerraron los ojos una fracción de segundo, canturrearon y se separaron. Las chicas habían empezado esa costumbre de tocar la foto poco después de que fuera tomada, en recuerdo de su primer verano

de mejores amigas. No podían creerse que Ali, la chica más popular de Rosewood Day, las hubiera elegido a ellas para formar su círculo íntimo. Era como ser invitadas a la fiesta de una famosa de primera línea.

Pero admitir eso sería... bueno, cutre. Sobre todo ahora.

Al pasar junto a la sala de estar, vieron dos togas de graduación colgadas del pomo de una puerta corrediza. La blanca era de Ali, y la de color azul marino, más seria, de Jason, que en otoño iría a Yale. Las chicas se cogieron las manos, emocionadas ante la idea de ponerse sus propias togas y birretes, como acostumbraban a hacer los graduados de Rosewood Day desde que el instituto se inauguró en 1897. Fue entonces cuando notaron un movimiento en la sala de estar. Jason estaba sentado en el sofá de cuero mirando ausente la CNN.

—Hoooola, Jason —dijo Spencer, saludando con la mano—. ¿Estás muy emocionado por lo de mañana?

Jason las miró. Era la versión de Ali en tío buenorro, con pelo rubio como el sol y unos increíbles ojos azules. Sonrió y siguió mirando la televisión sin decir palabra.

—Vaaa-le —murmuraron las chicas al unísono.

Jason tenía una faceta muy graciosa, y había sido él quien inventó con sus amigos el juego del «no es eso». Las chicas lo habían copiado y modificado para sus propios fines, que eran sobre todo burlarse de las más empollonas en su presencia. Pero Jason también tenía sus bajones. Ali los llamaba sus etapas Elliott Smith, por el cantautor taciturno que tanto le gustaba a su hermano. Solo que en ese momento Jason no tenía motivos para estar de mal rollo, porque al día siguiente a esa misma hora estaría en un avión rumbo a Costa Rica, para pasarse todo el verano viviendo aventuras en kayak. ¡Yiuuu-juuu!

—Pues vale —dijo Aria encogiéndose de hombros.

Las cuatro chicas se volvieron y subieron a saltos las escaleras que conducían al cuarto de Ali. Una vez en el rellano, descubrieron que tenía la puerta cerrada. Spencer frunció el ceño. Emilyladeó la cabeza. Dentro del cuarto, Ali soltó una risita.

Hanna abrió suavemente la puerta. Ali les daba la espalda. Llevaba el pelo recogido en una coleta y un top con cuello halter de

seda a rayas sujeto con un lazo perfecto. Estaba completamente concentrada en el cuaderno de notas que tenía abierto en su regazo.

Spencer se aclaró la garganta, y Ali se volvió con un sobresalto.

—¡Hola, chicas! —gritó—. ¿Qué hay?

—Poca cosa —dijo Hanna, señalando el cuaderno—. ¿Qué es eso?

Ali lo cerró rápidamente.

—Oh. Nada.

Las chicas sintieron una presencia detrás de ellas. La señora DiLaurentis se abrió paso para entrar en el dormitorio de Ali.

—Tenemos que hablar —le dijo a Ali, con tono cortante y seco.

—Pero, mamá —protestó Ali.

—Ahora.

Las chicas se miraron unas a otras. Era el tono «tienes problemas» de la señora DiLaurentis. No lo oían muy a menudo.

La madre de Ali miró a las chicas.

—¿Por qué no nos esperáis en el jardín?

—Solo será un momento —se apresuró a decir Ali, dirigiéndoles una mirada de disculpa—. Enseguida bajo.

Hanna se detuvo, confusa. Spencer entrecerró los ojos, intentando ver el cuaderno que sostenía Ali. La señora DiLaurentis alzó una ceja.

—Vamos, chicas, vamos.

Las cuatro tragaron saliva y bajaron las escaleras. Una vez en el porche, se sentaron en sus lugares habituales alrededor de la enorme mesa cuadrada del jardín, con Spencer en un extremo, y Aria, Emily y Hanna en los laterales. Ali se sentaría en la cabecera de la mesa, junto a la pila para pájaros de piedra que puso su padre. Las cuatro chicas miraron un momento a la pareja de cardenales que retozaban en el agua fría y clara de la pila. Cuando un arrendajo azul intentó unirse a ellos, los cardenales se pusieron a chillar hasta echarlo. Parecía que los pájaros formaban grupos tan cerrados como las chicas.

—Qué raro ha sido lo de arriba —susurró Aria.

—¿Creéis que Ali tiene problemas? —preguntó Hanna—. ¿Y si la castigan y no puede venir?

—¿Por qué va a tener problemas? No ha hecho nada malo —susurró Emily, que siempre defendía a Ali. Las chicas la llamaban «Asesina», porque defendía a Ali como un perro de presa.

—No que nosotras sepamos —musitó Spencer entre dientes.

En ese momento, la señora DiLaurentis atravesó las puertas corredizas que daban al jardín y cruzó el césped.

—Quiero asegurarme de que tienen bien las medidas —gritó a los obreros ociosamente apoyados en un enorme buldócer en la parte trasera de la finca. Los DiLaurentis estaban construyendo un cenador para veinte personas donde pensaban dar fiestas durante el verano, y Ali ya les había avisado que su madre estaba un poco histérica, aunque los obreros todavía no habían pasado de abrir el agujero. La señora DiLaurentis se acercó a ellos y empezó a regañarlos. Su anillo de diamantes relucía al sol mientras agitaba frenéticamente las manos. Las chicas intercambiaron miradas; parecía que la conversación con Ali no había sido muy larga.

—¿Chicas? —Ali estaba parada en el borde del porche. Se había cambiado el halter por una camiseta Abercrombie azul marino desteñido. Parecía desconcertada—. Ah... ¿Hola?

Spencer se levantó.

—¿Por qué te ha echado la bronca?

Ali pestañeó. Miró a uno y otro lado.

—¿Te has metido en líos sin nosotras? —gritó Aria, intentando que sonara como una broma—. ¿Y por qué te has cambiado? El top que llevabas era muy bonito.

Ali seguía pareciendo nerviosa... y algo alterada. Emily se detuvo a medio camino.

—¿Quieres que... nos vayamos?

Su voz goteaba incertidumbre. Las demás miraron a Ali nerviosas. ¿Era eso lo que quería?

Ali le dio tres vueltas al brazalete de hilo azul que llevaba en la muñeca. Salió al jardín y se sentó en su sitio.

—Claro que no quiero que os vayáis. Mi madre está enfadada conmigo porque he... he vuelto a lavar la ropa de hockey con sus prendas íntimas.

Se encogió de hombros con timidez y puso los ojos en blanco.

Emily sacó el labio inferior. Transcurrió un instante de silencio.

—¿Se ha enfadado contigo por eso?

Ali alzó las cejas.

—Ya conoces a mi madre, Em. Es más obsesiva que Spencer. —Soltó una risita. Spencer simuló mirarla enfadada mientras Emily pasaba

el pulgar por las vetas de la mesa de teca—. Pero no os preocupéis, que no estoy castigada ni nada. —Juntó las palmas de las manos—. ¡Nuestra fiesta de pijama puede seguir según lo previsto!

Las cuatro suspiraron aliviadas y la incomodidad del ambiente empezó a disiparse. Solo que todas se quedaron con la extraña sensación de que no les había contado todo, cosa que tampoco pasaba por primera vez. Tan pronto era su mejor amiga como de repente se apartaba de ellas para llamar por teléfono a escondidas y enviar mensajes de texto secretos. ¿No se suponía que lo compartían todo? Las demás habían expuesto mucho de sí mismas, contándole a Ali secretos que nadie, pero nadie, conocía. Y, por supuesto, estaba el gran secreto sobre Jenna Cavanaugh que compartían todas, y que habían jurado llevarse a la tumba.

—A propósito de nuestra fiesta de pijamas, tengo grandes noticias —dijo Spencer, sacándolas de sus pensamientos—. Adivina dónde vamos a celebrarla.

—¿Dónde? —Ali se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos, volviendo a ser la de siempre.

—¡En el granero de Melissa! —gritó Spencer.

Melissa era la hermana mayor de Spencer, y el señor y la señora Hastings acababan de reformar el granero del jardín para que Melissa viviera en él durante los dos años de escuela preparatoria. Spencer obtendría el mismo privilegio cuando fuera lo bastante mayor.

—¡Mola! —exclamó Ali—. ¿Cómo?

—Se va a Praga mañana por la noche, después de la fiesta de graduación —respondió Spencer—. Mis padres dicen que podemos usarlo, siempre que lo limpiemos antes de que ella vuelva.

—Estupendo.

Ali se echó hacia atrás y entrelazó los dedos. De pronto, su mirada se centró en algo situado a la izquierda de los obreros. Melissa en persona caminaba por el borde del jardín de los Hastings, muy erguida y digna. Cogía con una mano una percha con la toga de graduación, y llevaba sobre los hombros la capa oficial azul que le correspondía al *valedictorian* del instituto, el mejor alumno del curso.

Spencer dejó que se le escapara un gemido.

—Está insoportable con lo de que es la primera del curso —surró—. Hasta me ha dicho que debería dar las gracias porque el

valedictorian de nuestro último curso probablemente sea Andrew Campbell, porque ese honor es una «gran responsabilidad».

Spencer y su hermana se odiaban, y casi todos los días contaba una historia nueva sobre lo cabrona que era Melissa.

Ali se levantó.

—¡Eh! ¡Melissa! —Empezó a agitar los brazos.

Esta se detuvo y se volvió hacia ellas.

—Ah, hola, chicas —repuso con una sonrisa precavida.

—¿Emocionada por lo de Praga? —canturreó Ali, regalando a Melissa su sonrisa más amplia.

Melissa ladeó ligeramente la cabeza.

—Claro.

—¿Te acompaña Ian?

Ian era el guapísimo novio de Melissa. Las chicas se derretían con solo pensar en él.

Spencer hundió las uñas en el brazo de Ali.

—Ali.

Pero Ali apartó el brazo.

Melissa se protegió los ojos de la fuerte luz del sol. La capa azul ondeó al viento.

—No. No viene.

—¡Oh! —Ali sonrió tontamente—. ¿Y te parece buena idea dejarlo solo durante dos semanas? ¡Igual encuentra otra novia!

—Alison —dijo Spencer entre dientes—. Corta ya.

—¿Spencer? —susurró Emily—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada —dijo rápidamente Spencer.

Aria, Emily y Hanna volvieron a mirarse unas a otras. Era algo que pasaba mucho últimamente: Ali decía algo, una de ellas reaccionaba mal y las demás no tenían ni idea de lo que pasaba realmente.

Pero era evidente que aquello era todo lo contrario a nada. Melissa se ajustó la capa alrededor del cuello, echó atrás los hombros y dio media vuelta. Miró durante un largo instante al agujero gigante que había en el borde del jardín de los DiLaurentis, y se dirigió hacia el granero, para cerrar la puerta con tanta fuerza que hizo rebotar un par de veces la corona tejida con ramas que había colgada en ella.

—Parece que tenga una escoba en el culo —dijo Ali—. Solo la estaba picando un poco.

Sonó un ruidito en el fondo de su garganta y Ali se echó a reír.

En su rostro asomaba una débil sonrisa. La misma sonrisa que les dedicaba cada vez que sacaba a relucir un secreto de ellas, amenazando con contárselo a las otras en cualquier momento.

—Bueno, ¿qué nos importa? —Ali las miró a cada una de ellas, con ojos brillantes—. ¿Sabéis una cosa, chicas? —Tamborileó excitada con los dedos en la mesa—. Creo que este va a ser el verano de Ali. El verano de todas nosotras. Lo presiento. ¿Vosotras no?

Por un momento reinó el aturdimiento. Pareció como si una bruma flotara sobre ellas, nublando sus pensamientos. Pero, poco a poco, la niebla se disipó y una idea se formó en la mente de cada una de ellas. Puede que Ali tuviera razón. Podía ser el mejor verano de sus vidas. Podían darle la vuelta a su amistad y hacer que fuera tan sólida como lo había sido el verano pasado. Podrían olvidarse de todas las cosas terribles y escandalosas por las que habían pasado y empezar de cero.

—Yo también lo siento —dijo Hanna, alzando la voz.

—Del todo —dijeron al mismo tiempo Aria y Emily.

—Seguro —dijo Spencer en voz baja.

Se cogieron de las manos y se las apretaron con fuerza.

Aquella noche llovió con violencia, con una lluvia martilleante que formó grandes explanadas de agua en las autopistas, regó jardines y creó minicharquitos en la cubierta de la piscina de los Hastings. Cuando la lluvia se interrumpió en medio de la noche, Aria, Emily, Spencer y Hanna se despertaron y se sentaron en la cama casi en el mismo momento. Una sensación premonitoria se había apoderado de cada una de ellas. No supieron decir si era por algo que acababan de soñar, o por la excitación del día siguiente. O puede que se debiera a algo completamente diferente... y mucho más profundo.

Cada una de ellas miró por la ventana a las tranquilas y vacías calles de Rosewood. El cielo se había despejado y se veían las estrellas. El suelo brillaba por la lluvia. Hanna miró hacia la entrada de su casa, donde solo se veía aparcado el coche de su madre, ya que su padre se había ido de casa. Emily miró a su jardín y al bosque que se abría más allá, en el que nunca se había atrevido a entrar; se decía

que en él había fantasmas. Aria escuchó los sonidos que brotaban del dormitorio de sus padres, y se preguntó si también se habrían despertado, o si habían vuelto a discutir y aún no se habían acostado. Spencer contempló el porche trasero de los DiLaurentis, y el agujero que habían cavado los obreros para los cimientos del cenador. La lluvia había convertido en barro una parte de la tierra desenterrada. Pensó en todas las cosas de su vida que la enfadaban. Luego pensó en todas las cosas de su vida que le gustaban, y en todas las que quería cambiar.

Buscó bajo la cama, cogió la linterna roja y la encendió apuntando a la ventana de Ali. Un fognazo, dos fognazos, tres fognazos. Era el código secreto para decirle a Ali que quería salir y hablar en persona. Le pareció ver su cabeza rubia también sentada en la cama, pero no le devolvió el fognazo.

Las cuatro amigas se dejaron caer sobre la almohada y se dijeron que esa extraña sensación no era nada, y que necesitaban dormir. Veinticuatro cortas horas después estarían en su fiesta de pijama de séptimo curso, celebrando la primera noche del verano. El verano que lo cambiaría todo.

Cuánta razón tenían.

El zen es más poderoso que la espada

Aria Montgomery se despertó a medio ronquido. Era domingo por la mañana y estaba acurrucada en una silla de plástico azul en la sala de espera del hospital Rosewood Memorial. Todos la miraban: los padres de Hanna Marin, el agente Wilden, Mona Vanderwaal, la mejor amiga de Hanna, y Lucas Beattie, un compañero de clase del Rosewood Day que parecía que acababa de llegar.

—¿Me he perdido algo? —dijo con voz ronca.

Sentía la cabeza como rellena de malvavisco. Al mirar el reloj Zoloft sobre la puerta de la sala de espera, vio que apenas eran las ocho y media. Solo se había dormido quince minutos.

Lucas se sentó a su lado y cogió un ejemplar de la revista *Medical Supplies Today*. Según la cubierta, el número incluía lo último en bolsas de colostomía. ¿Quién deja una revista de suministros médicos en la sala de espera de un hospital?

—Acabo de llegar —contestó él—. Me he enterado del accidente por las noticias de la mañana. ¿Has visto ya a Hanna?

Aria negó con la cabeza.

—Siguen sin dejarnos pasar.

Se sumieron en un silencio pesaroso. Aria miró a los demás. La señora Marin llevaba un jersey de cachemira gris algo arrugado y unos vaqueros holgados que le sentaban fenomenal. Estaba dando órdenes por el auricular de su Motorola, aunque las enfermeras le habían dicho que allí no podía usar el móvil. El agente Wilden estaba sentado junto a ella, con la camisa de policía de Rosewood desabotonada hasta medio pecho y mostrando debajo una gastada

camiseta blanca. El padre de Hanna se había desplomado en la silla más cercana a la gran puerta doble de la unidad de cuidados intensivos, agitando el pie izquierdo. Mona Vanderwaal, vestida con chanclas y una sudadera Juicy rosa pálido, estaba anormalmente despeinada, con la cara hinchada de tanto llorar. Cuando Mona alzó la mirada y vio a Lucas, le dirigió una mirada irritada, como diciendo: «Esto es solo para la familia y amigos íntimos. ¿Qué haces tú aquí?». Aria no podía reprocharle a nadie su irritación. Ella llevaba allí desde las tres de la madrugada, desde que la ambulancia llegó al aparcamiento de la escuela elemental Rosewood Day y se llevó a Hanna al hospital. Mona y los demás habían ido llegando en diferentes momentos de la mañana, a medida que empezaba a saberse la noticia. Lo último que habían dicho los médicos era que Hanna estaba en cuidados intensivos. Pero ya hacía tres horas de eso.

Aria repasó los horrendos detalles de la noche anterior. Hanna la había llamado para decirle que conocía la identidad de A, alguien diabólico que llevaba un mes torturando a las cuatro amigas con mensajes de texto. No había querido revelar ningún detalle por teléfono, así que les pidió que se vieran con ella en los columpios del Rosewood Day, su antiguo lugar de reuniones. Emily y Aria llegaron justo a tiempo de ver cómo un todoterreno negro arrollaba a Hanna y se alejaba a toda prisa. Aria estaba aturdida cuando los paramédicos llegaron al lugar, le pusieron a Hanna un collar cervical y la subieron con cuidado a una camilla y a la ambulancia. Cuando se pellizcó con fuerza, no le dolió.

Hanna seguía viva... pero por poco. Tenía lesiones internas, un brazo roto y magulladuras por todo el cuerpo. El accidente le había causado un traumatismo en la cabeza y ahora estaba en coma.

Aria cerró los ojos, a punto de romper a llorar otra vez. Lo más inconcebible de todo era el mensaje de texto que habían recibido Aria y Emily justo después del accidente. «Sabía demasiado.» Era de A. Lo que significaba que... A sabía que Hanna lo sabía. Como sabía todo lo demás, todos sus secretos, que fueron Ali, Aria, Spencer, Emily y Hanna, quienes dejaron ciega a Jenna Cavanaugh, y no su hermanastro Toby. Y puede que hasta supiera quién había matado a Ali.

Lucas le dio un golpecito en el brazo.

—Tú estabas allí cuando el coche atropelló a Hanna, ¿verdad? ¿Pudiste ver quién fue?

Aria no conocía muy bien a Lucas. Era uno de esos chicos a los que les encantan los clubs y las actividades escolares, mientras que ella era de las que se mantenían muy, muy apartadas de todas las cosas relacionadas con sus compañeros de Rosewood Day. No sabía qué relación tenía con Hanna, pero le pareció un detalle que estuviera allí.

—Estaba demasiado oscuro —farfulló.

—¿Y no tienes ni idea de quién pudo ser?

Aria se mordió el labio inferior con fuerza. Wilden y una pareja de policías de Rosewood llegaron justo después de que las chicas recibieran el mensaje de A. Cuando Wilden les preguntó lo que había sucedido, les aseguraron que no vieron la cara del conductor ni la clase de todoterreno que era. Y juraron una y otra vez que debió ser un accidente, que no tenían ni idea de por qué iba a hacer nadie algo así a propósito. Puede que estuviera mal ocultarle información a la policía, pero les aterraba lo que podía hacerles A si decían la verdad.

A ya las había amenazado antes por otros motivos, y tanto Aria como Emily habían sido castigadas por ignorar sus amenazas. Había enviado a Ella, la madre de Aria, una carta contándole que su marido la engañaba con una de sus estudiantes universitarias, y que Aria le había guardado el secreto. Y luego A le había dicho al instituto entero que Emily estaba saliendo con Maya, una chica que vivía en la antigua casa de Ali. Aria miró a Lucas y negó con la cabeza en silencio.

Se abrió la puerta de la UCI, y el doctor Geist entró en la sala de espera. Con sus penetrantes ojos grises, la nariz aguileña y la mata de pelo blanco, recordaba un poco a Helmut, el casero alemán de la casa adosada que la familia de Aria había alquilado en Reikiavik, Islandia. El doctor Geist dirigió a todo el mundo la misma mirada crítica que le había dirigido Helmut al hermano de Aria, Mike, cuando descubrió que este guardaba a su tarántula Diddy dentro de una maceta de terracota vacía que Helmut utilizaba para cultivar tulipanes.

Los padres de Hanna se levantaron nerviosos y se acercaron al doctor.

—Su hija sigue inconsciente —dijo despacio el doctor Geist—. Hay pocos cambios. Nos hemos ocupado del brazo roto y estamos comprobando la gravedad de sus lesiones internas.

—¿Cuándo podremos verla? —preguntó el señor Marin.

—Pronto. Pero sigue en estado crítico.

Se volvió para irse, pero el señor Marin lo agarró del brazo.

—¿Cuándo despertará?

El doctor Geist miró su portapapeles.

—Tiene el cerebro muy inflamado, así que ahora mismo es difícil predecir los daños sufridos. Puede que despierte sin problemas, o puede que haya complicaciones.

—¿Complicaciones? —La señora Marin palideció.

—Dicen que la gente en coma tiene menos posibilidades de despertar al cabo de un tiempo concreto —dijo nervioso el señor Marin—. ¿Es eso cierto?

El doctor Geist se restregó las manos en la bata azul.

—Es cierto, sí, pero no adelantemos acontecimientos.

Un murmullo recorrió la sala. Mona volvió a llorar. Aria deseó poder llamar a Emily... pero en ese momento estaba en un avión rumbo a Des Moines, Iowa, por motivos que no le había explicado, solo que la enviaban allí por algo que hizo A. Luego estaba Spencer. Antes de que Hanna la llamara para quedar con ella, Aria había comprendido algo aterrador acerca de Spencer... y confirmó sus peores temores cuando la vio acucillada entre los árboles, temblando como un animal, justo después de que el todoterreno atropellase a Hanna.

La señora Marin cogió del suelo su enorme bolsón de cuero marrón, sacando a Aria de sus pensamientos.

—Voy a por un café —le dijo en voz baja la madre de Hanna a su exmarido. Luego besó al agente Wilden en la mejilla (Aria sabía de antes que había algo entre ellos) y desapareció camino de los ascensores.

El agente Wilden volvió a desplomarse en su silla. La semana anterior, había visitado a Aria, Hanna y las demás para preguntarles sobre las circunstancias que rodearon la desaparición y muerte de

Ali. En medio de la reunión, A envió un mensaje a todas diciendo que si se atrevían a mencionar sus misivas acabarían lamentándolo. Pero el que no pudiera contarle a Wilden lo que A le había hecho a Hanna no quería decir que no pudiera hablarle de eso tan horrible sobre Spencer que había comprendido.

«¿Puedo hablar contigo?», le dijo a Wilden moviendo la boca en silencio. Este asintió y se levantó. Salieron de la sala de espera hasta un pequeño repecho donde había seis máquinas expendedoras con una amplia selección de productos que iban desde refrescos a comidas completas, sándwiches ignotos y pasteles que a Aria le recordaban la masa informe que su padre, Byron, solía preparar de cena cuando su madre, Ella, trabajaba hasta tarde.

—Mira, si es por lo de tu profesor, hemos dejado que se vaya. —Wilden se sentó en el banco situado junto al microondas, y le dirigió una sonrisa tímida—. No podíamos retenerlo. Y hemos sido discretos. No haremos nada a no ser que quieras presentar cargos. Pero probablemente debería contárselo a tus padres.

La sangre abandonó el rostro de Aria. Naturalmente, Wilden estaba al tanto de lo sucedido la noche anterior entre ella y Ezra Fitz, el amor de su vida y su profesor de literatura. El que sorprendieran a un profesor de literatura de veintidós años besuqueándose con una menor, y que la denuncia proviniera del novio de esa menor, debía ser la comidilla del departamento de policía de Rosewood. Seguro que los policías lo habían comentado entre ellos en el restaurante Hooters que había al lado de la comisaría, entre alitas de Búfalo, patatas con queso y chicas tetonas.

—No quiero presentar cargos —escupió Aria—. Y, por favor, no se lo digas a mis padres. —Lo último que necesitaba era una bronca de su familia disfuncional. Cargó su peso en el otro pie—. Pero no quería hablar contigo de eso. Creo... creo que sé quién mato a Alison.

Wilden alzó una ceja.

—Te escucho.

Aria respiró hondo.

—Lo primero es que Ali se veía con Ian Thomas.

—Ian Thomas... —repitió Wilden, abriendo mucho los ojos—. ¿El novio de Melissa Hastings?

Aria asintió.

—Noté algo en el video que se filtró a la prensa la semana pasada. Si lo miras con atención, ves que Ian y Ali se cogen de la mano. —Carraspeó—. Spencer Hastings también estaba colada por Ian. Ali y Spencer eran muy competitivas y, la noche en que Ali desapareció, tuvieron una pelea horrible. Spencer salió del granero en busca de Ali, y no volvió en al menos diez minutos.

Wilden la miraba, incrédulo.

Aria respiró hondo. A le había enviado varias pistas sobre el asesino de Ali: que era alguien cercano, alguien que quería algo que tenía Ali, y que conocía muy bien el patio trasero de esta. Todas esas pistas, además del hecho de haberse dado cuenta de que Ian y Ali estaban liados, hacían parecer a Spencer la sospechosa más lógica.

—Al cabo de un rato salí en su busca. No las vi por ninguna parte... y tengo la horrible sensación de que Spencer...

Wilden se recostó en el asiento.

—Spencer y Alison pesaban más o menos lo mismo, ¿verdad? Aria asintió.

—Sí. Supongo.

—¿Tú podrías arrastrar a alguien de tu peso hasta un agujero y arrojarlo en él?

—N-no lo sé —tartamudeó Aria—. ¿Puede? ¿Si estoy lo bastante cabreada?

Wilden negó con la cabeza. Los ojos de Aria se llenaron de lágrimas. Recordó el espeluznante silencio que reinó aquella noche. Aria había estado a solo unos cientos de metros de ellas y no habían oído nada.

—Spencer también habría tenido que calmarse lo bastante como para no parecer sospechosa cuando volvió con vosotras —añadió Wilden—. Hay que ser muy buen actor para hacer eso, y no creo que pueda hacerlo una chica de séptimo. Creo que es evidente que quien lo hizo estaba en los alrededores, pero todo eso le debió de llevar más de diez minutos. —Alzó las cejas—. ¿Esto es lo que hacéis ahora las chicas del Rosewood Day? ¿Acusaros de asesinato unas a otras?

Aria se quedó boquiabierta, sorprendida ante el tono de regañina de Wilden.

—Es que...

—Spencer Hastings es una chica con carácter y muy competitiva, pero no me parece una asesina —la interrumpió Wilden. Entonces le sonrió con tristeza—. Lo entiendo. Esto debe ser muy duro para ti. Solo quieres saber lo que le pasó a tu amiga. No sabía que estuviera saliendo en secreto con el novio de Melissa Hastings. Eso sí que es interesante.

Wilden asintió con la cabeza, se levantó y se dirigió al pasillo. Aria se quedó junto a las máquinas expendedoras, con la mirada fija en el suelo de linóleo verde menta. Se sentía acalorada y desorientada, como si hubiera pasado demasiado tiempo dentro de una sauna. Igual debería avergonzarse de culpar a una antigua mejor amiga. Y las lagunas en su teoría que había visto Wilden tenían mucha lógica. Igual había sido una idiota por fiarse de las pistas de A.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Puede que A le enviara esas pistas para desviarla intencionadamente de la senda, y proteger al verdadero asesino. Y puede, solo puede, que el verdadero asesino fuese... A.

Estaba sumida en estos pensamientos cuando, de pronto, sintió una mano en el hombro. Se encogió y se volvió con el corazón acelerado. Detrás de ella estaba su padre, Byron, vestido con una raída sudadera de la universidad de Hollis y unos vaqueros con un agujero en el bolsillo delantero izquierdo. Cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose incómoda. Hacía semanas que no hablaba con su padre.

—Cielos, Aria, ¿estás bien? —exclamó Byron—. Te he visto en las noticias.

—Estoy bien —dijo Aria con rigidez—. Han atropellado a Hanna, no a mí.

Cuando su padre la atrajo hacia sí para abrazarla, no supo si devolverle el abrazo con fuerza o quedarse de brazos caídos. Lo había echado de menos desde que se fuese de casa un mes antes. Pero le enfurecía que hubiera necesitado un accidente peligroso y una aparición por televisión para despegarse de Meredith e ir a ver a su hija.

—Esta mañana llamé a tu madre para preguntarle cómo estabas, pero me dijo que ya no vivías allí. —Su voz temblaba por la

preocupación. Se pasó la mano por la cabeza, poniéndose el pelo todavía más de punta—. ¿Dónde estás viviendo?

Aria miró desolada el cartel con el gráfico de la maniobra Heimlich que asomaba detrás de la máquina de Coca-Cola. Alguien le había dibujado unas tetas a la víctima que se ahogaba, y parecía que la persona que la estaba auxiliando la estaba sobando. Aria había estado viviendo en casa de su novio, Sean Ackard, pero, al enviar a la policía al apartamento de Ezra y dejar sus cosas en la puerta de la casa de este, había dejado muy claro que ya no era bienvenida. ¿Quién le había contado a Sean que Ezra y ella estaban liados? ¡*Ding ding ding!* A.

No se había parado a pensar en su nueva situación.

—¿En el Olde Hollis Inn? —sugirió.

—En el Olde Hollis Inn hay ratas. ¿Por qué no te vienes conmigo?

Aria negó con fuerza con la cabeza.

—Estás viviendo con...

—Meredith —declaró Byron con firmeza—. Quiero que la conozcas.

—Pero...

Su padre le dirigía su clásica mirada budista. Conocía bien esa mirada; la había visto cuando se negó a dejarla ir a un campamento artístico de verano en los Berkshires, en vez de acudir por cuarto año consecutivo al campamento de día Hollis Happy Hooray, lo que suponía diez largas semanas haciendo títeres con bolsas de papel y compitiendo en carreras de esas donde se sujeta con la boca una cuchara con un huevo. Byron había vuelto a poner esa mirada cuando Aria le preguntó su podía terminar el curso en la Academia Americana de Reikiavik en vez de volver a Rosewood con la familia. Era una mirada que solía ir acompañada de una frase que había aprendido de un monje que conoció cuando se doctoró en Japón: «El obstáculo es el camino». Lo que significaba que lo que no matase a Aria solo la haría más fuerte.

Pero cuando se imaginó yéndose a vivir con Meredith, se acordó de una frase más apropiada: «Hay remedios peores que la enfermedad».

Abraacadabra, y volvemos a querernos

Ali se apoyó en una cadera y miró fijamente a Spencer Hastings, parada ante ella en el camino trasero que unía el granero de los Hastings con el bosque.

—Intentas robármelo todo —siseó—. Pero no podrás tener esto.

Spencer se estremeció en el frío aire de la noche.

—¿No puedo tener qué?

—Lo sabes —dijo Ali—. Lo has leído en mi diario. —Se echó sobre el hombro el pelo rubio—. Te crees muy especial, pero eres lamentable, actuando como si no supieras que Ian está conmigo. Pero sí que lo sabías, Spence. Por eso te gusta, ¿verdad? ¿Porque yo estoy con él? ¿Porque tu hermana está con él?

Spencer la miró atónita. El aire nocturno se volvió cortante, con un olor casi acre. Ali sacó el labio inferior.

—Oh, Spence. ¿De verdad creíste que le gustabas?

Spencer sintió de pronto un estallido de rabia y sus brazos se dispararon hacia delante, dándole un empujón a Ali a la altura del pecho. Ali se tambaleó hacia atrás, tropezando con las resbaladizas piedras. Solo que ya no era Ali, sino Hanna Marin. El cuerpo de Hanna voló en el aire y golpeó el suelo con un crujido agudo. Y no fue su bolso lo que derramó el contenido del estuche de maquillaje y la BlackBerry como una piñata recién golpeada, sino sus órganos internos los que escaparon de su cuerpo, lloviendo sobre el cemento como granizo.

Spencer se incorporó, el pelo rubio húmedo por el sudor. Era domingo por la mañana y estaba tumbada en su cama, llevando todavía puesto el vestido de satén negro y el incómodo tanga con

que pensaba haber asistido la noche anterior a la fiesta de cumpleaños de Mona Vanderwaal. Una suave luz dorada se filtraba hasta su escritorio y los estorninos gorjeaban inocentemente en el roble gigante junto a la ventana. Se había pasado casi toda la noche despierta, esperando noticias sobre Hanna. Pero no la había llamado nadie. No sabía si ese silencio era bueno... o terrible.

Hanna. Había llamado a Spencer a última hora de la noche, justo antes de que esta recuperase el recuerdo largo tiempo reprimido de haber empujado a Ali en el bosque la noche de su desaparición. Hanna le había dicho que había descubierto algo importante, y que tenían que verse en los columpios de Rosewood Day. Spencer llegó con su coche al aparcamiento justo cuando el cuerpo de Hanna volaba por los aires. Manióbró para aparcar en un lado de la carretera y luego corrió entre los árboles, asombrada por lo que veía. «¡Que alguien llame a una ambulancia!», chillaba Aria. Emily sollozaba de miedo. Hanna estaba inmóvil. Spencer no había presenciado nada tan aterrador en su vida.

Unos segundos después, el pitido de su Sidekick le anunció un mensaje de A. Spencer vio, todavía envuelta en las sombras, que Emily y Aria sacaban también sus teléfonos, y el estómago se le encogió al darse cuenta de que las tres debían haber recibido el mismo mensaje espeluznante: «Sabía demasiado». ¿Había adivinado A lo que fuera que había descubierto Hanna, algo que A intentaba ocultar, y la había atropellado para silenciarla? Tenía que haber sido eso, pero le costaba creerse que hubiera pasado de verdad. Le parecía algo diabólico.

Pero puede que Spencer fuese igual de diabólica. Apenas unas horas antes del accidente de Hanna, había empujado a su hermana Melissa escaleras abajo. Y por fin recordaba lo que había pasado la noche que desapareció Ali, su memoria había recuperado aquellos diez minutos que había reprimido durante tanto tiempo. Había empujado a Ali al suelo, puede que hasta lo bastante fuerte como para matarla. No sabía lo que había sucedido luego, pero A sí que parecía saberlo. Le había enviado un mensaje unos días antes, insinuando que tenía delante al asesino de Ali. Había recibido el mensaje de texto justo cuando estaba ante el espejo mirando... su propio reflejo.

Spencer no había corrido hasta el aparcamiento para unirse a sus amigas, sino que volvió a casa a toda velocidad, desesperadamente

necesitada de reflexionar acerca de todo lo sucedido. ¿Habría matado a Ali? ¿Sería capaz de matar? Pero al cabo de toda una noche en vela seguía sin poder equiparar lo que ella le había hecho a Melissa y a Ali con lo que A le había hecho a Hanna. Sí, Spencer había perdido el control; sí, una provocación podía llevarla al límite, pero en el fondo, seguía considerándose incapaz de matar.

¿Por qué, entonces, estaba A tan convencida de que era la culpable? ¿Sería posible que A se equivocara... o que mintiera? Pero A sabía que Spencer se había besado con Ian Thomas en séptimo curso, estaba al tanto de su relación ilícita con Wren, el novio de Melissa en la universidad, y que fueron ellas cinco quienes dejaron ciega a Jenna Cavanaugh. Y todo eso era cierto. Si A disponía de tanta munición contra ellas, no tenía por qué ponerse a inventarse cosas.

De pronto, mientras se secaba el sudor de la cara, se dio cuenta de algo que hizo que el corazón se le detuviera. Se le ocurría una muy buena razón para que A mintiera e insinuara que Spencer había matado a Ali. Puede que A también tuviera secretos. Puede que A necesitara una cabeza de turco.

—¿Spencer? —La voz de su madre llegó hasta ella—. ¿Puedes bajar?

La chica se sobresaltó y miró su reflejo en el espejo del tocador.

Tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre, los labios cortados y el pelo con hojas de cuando se escondió la noche anterior entre los árboles. No estaba en condiciones de tener una reunión familiar.

El primer piso olía a café de Nicaragua recién molido, a pastelitos Fresh Fields y a los lirios recién cortados que Candace, el ama de llaves, compraba cada mañana. El padre de Spencer estaba parado junto a la isla con encimera de granito, vestido con sus pantalones negros de ciclista y su camiseta del Servicio de Correos para montar en bici. Igual era buena señal; no podían estar muy enfadados si su padre había dado su habitual paseo en bicicleta de las cinco de la mañana.

En la mesa de la cocina había un ejemplar del *Philadelphia Sentinel* del domingo. Al principio pensó que estaba allí porque traía la noticia del accidente de Hanna. Pero entonces vio su propia cara devolviéndole la mirada desde la primera página del periódico. Llevaba un elegante traje negro y dirigía a la cámara una sonrisa

confiada. «¡Ríndete, Trump!», decía el titular. «¡Llega Spencer Hastings, finalista del concurso de ensayo Orquídea Dorada!»

Notó que el estómago le daba un vuelco. Se le había olvidado. El periódico ya estaría en la puerta de todo el mundo. De la despensa salió una figura y Spencer retrocedió asustada. Era Melissa, que la miraba fijamente mientras sujetaba una caja de cereales con pasas con tanta fuerza que parecía a punto de aplastarla. Su hermana mayor tenía un arañazo en la mejilla, una tirita sobre la ceja derecha, un brazalete amarillo de hospital en la muñeca izquierda y una escayola rosa en la derecha, todo recuerdo de su pelea con Spencer el día anterior.

Bajó la mirada, se sentía terriblemente culpable. El día anterior, A le había enviado a Melissa las primeras frases de su antigua redacción para clase de economía, la misma que Spencer había sacado del disco duro de Melissa y modificado para hacerla pasar por suya. La misma redacción que el señor McAdam, su profesor de economía, había presentado al premio Orquídea Dorada, el concurso de ensayos escolares más prestigioso del país. Melissa se había dado cuenta de lo que había hecho, y aunque Spencer le había pedido perdón, ella le había dicho cosas horribles, cosas mucho peores de lo que creía merecerse. La pelea había acabado cuando Spencer, furiosa por sus palabras, empujó accidentalmente a su hermana escaleras abajo.

—Bueno, chicas. —La señora Hastings dejó la taza de café en la mesa e hizo un gesto a Melissa para que se sentara—. Vuestro padre y yo hemos tomado una decisión importante.

Spencer se preparó para lo que se avecinaba. Iban a denunciarla por plagio. No podría ir a la universidad. Tendría que hacer formación profesional. Acabaría trabajando en un servicio de telemarketing, anotando pedidos de absurdos aparatos de gimnasia y de diamantes falsos, y Melissa saldría de rositas como venía siendo habitual. Su hermana siempre encontraba el modo de quedar por encima.

—En primer lugar, no queremos que sigáis viendo a la doctora Evans. —La señora Hastings entrelazó los dedos—. Os ha hecho más mal que bien. ¿Entendido?

Melissa asintió en silencio, pero Spencer encogió la nariz, confusa. La doctora Evans, la psicóloga de Spencer y Melissa, era de las pocas

personas que no le lamía el culo a Melissa. Empezó a protestar pero notó la mirada de advertencia en la cara de sus padres.

—Vale —murmuró, sintiéndose un tanto desesperada.

—En segundo lugar —el señor Hastings le dio un golpecito al *Sentinel*, aplastando la cara de Spencer con el pulgar—, plagiar el trabajo de Melissa estuvo muy mal, Spencer.

—Lo sé —dijo Spencer rápidamente, demasiado aterrada como para mirar en dirección a Melissa.

—Pero, tras pensarlo mucho, hemos decidido no hacerlo público. Esta familia lo ha pasado muy mal últimamente. Así que, Spencer, seguirás compitiendo por el orquídea Dorada. No se lo diremos a nadie.

—¿Qué? —Melissa dejó la taza de café en la mesa con un golpe.

—Es lo que hemos decidido —dijo la señora Hastings muy tensa, secándose la comisura de la boca con una servilleta—. Y esperamos que Spencer lo gane.

—¿Que gane? —repitió Spencer, asombrada.

—¿La estáis recompensando? —chilló Melissa.

—Basta. —El señor Hastings utilizó el tono de voz que solía reservar para los subalternos de su bufete cuando se atrevían a llamarle a casa.

—En tercer lugar —dijo la señora Hastings—, vais a volver a ser amigas.

Su madre sacó dos fotos del bolsillo de la chaqueta. En la primera se veía a Spencer y a Melissa, con cuatro y nueve años respectivamente, tumbadas en una hamaca en la casa de la playa que tenía su abuela en Stone Harbor, Nueva Jersey. La segunda foto era de ellas en la sala de juegos de la misma casa, unos años después. Melissa llevaba un sombrero y una capa de mago, y Spencer su biquini Tommy Hilfiger de barras y estrellas con encaje. Iba calzada con las botas negras de motorista que llevó hasta que le quedaron tan pequeñas que le cortaban la circulación de los dedos. Las hermanas estaban haciendo un espectáculo de magia para sus padres. Melissa era la maga, Spencer la encantadora ayudante.

—Las he encontrado esta mañana. —La señora Hastings le entregó las fotos a Melissa, que las miró un momento antes de devolvérselas—. ¿Recordáis lo buenas amigas que erais antes?

Siempre hablabais en el asiento trasero del coche. Ninguna quería ir a ninguna parte sin la otra.

—Eso fue hace diez años, mamá —dijo Melissa cansinamente.

La señora Hastings miró la foto de sus hijas en la hamaca.

—Os encantaba la casa en la playa de Nana. Fuisteis amigas en la casa de la playa de Nana. Así que hemos decidido que hoy iremos a Stone Harbor. Nana no está, pero tenemos las llaves. Así que haced las maletas.

Los padres de Spencer asentían febrilmente, con expresión esperanzada.

—Eso es una estupidez —dijeron Spencer y Melissa a la vez. Spencer miró a su hermana, sorprendida de que pensarán lo mismo.

La señora Hastings dejó la foto en la encimera y llevó su taza al fregadero.

—Vamos a ir, y no se hable más.

Melissa se levantó de la mesa, sujetándose la muñeca en un ángulo extraño. Miró a Spencer y su mirada se suavizó un instante. Spencer le dirigió una leve sonrisa. Puede que en ese preciso instante hubieran conectado, encontrando un terreno común al odiar el ingenuo plan de sus padres. Igual Melissa podía llegar a perdonarle que la hubiera empujado por las escaleras y que le robase la redacción. De ser así, Spencer podría perdonarle que le hubiera dicho que sus padres no la querían.

Spencer miró la foto y pensó en las funciones de magia que Melissa y ella solían organizar. Cuando se rompió su amistad, se dijo que igual podían volver a ser buenas amigas si musitaba las palabras mágicas que utilizaban de niñas. Ojalá fuera tan fácil.

Cuando alzó la mirada, la expresión de Melissa había cambiado. Estrechó los ojos y se dio media vuelta.

—Cerde —dijo por encima del hombro mientras se alejaba por el pasillo con aires de grandeza.

Spencer cerró los puños, recuperando toda su rabia. Se necesitaba mucho más que magia para que pudieran llevarse bien. Se necesitaría un milagro.